

—Tu amor,—replicó Carlos Abelle,—es también mi vida y mi muerte. Vivir sin ti, sería morir. Vivir contigo; eso es vivir.

Lucía perdonó.

—¡Muy bien!—dijo Carolina.—Sólo me falta hacer mis paquetes.

—Señora,—añadió en voz alta,—¿me permite usted que mañana vaya á mi país á ver á mi madre?

—Esta misma noche, si usted quiere,—dijo fríamente Lucía, que ansiaba volver á sus ilusiones.

X

Perfume de virtud en los umbrales de la cortesana

Carlos Abelle continuó en su doble juego, fingiéndose apasionado de Lucía y no amando en realidad sino á la ex cocinera.

Comenzábase á hablar, en el gran mundo, de las desgracias de la cantante. Se decía que estaba loca por un tunante que la pegaba y la arruinaba por una tunanta.

Pero ocurre con esto lo que con los criminales condenados á la guillotina: cuando llega la hora de ir á ésta, se siente piedad por ellos.

La palidez y la tristeza de Lucía llegaron á conmover á los más duros y á los más escépticos. Al principio se había negado que la comedianta pudiese amar; pero ya no podía ponerse en duda tal circunstancia. Se arruinaba por su amante, habíase arrojado en su pasión como en un abismo, no volvería á levantarse.

No tardó en anunciarse la venta de su hotel. Se preguntaba todo el mundo si no lo compraría la ex cocinera. Porque esta muchacha avanzaba, efectivamente, en sentido contrario. Mientras Lucía descendía á su ruina, ella se elevaba hacia la fortuna.

Un día que Lucía, que ya no tenía caballos, iba por el Bosque en un simple fiacre, y no por donde los paseantes, sino por el Bosque, porque deseaba aspirar una bocanada de aire puro, reconoció, en un cupé arrastrado por dos caballos ingleses, á Carlos Abelle y á su rival.

Este fué para ella el golpe decisivo. Creía vagamente que su amante veía de vez en cuando á aquella muchacha. Pero ¡á tantas veía! ¿Era posible que fuera él quien la acompañaba por el Bosque, era posible que fuesen de ella tan buenos caballos?

—¡Ah!—murmuró.—Ese hombre es mi verdugo.

No tuvo valor para verle por segunda vez. Y regresó á casa para ocultar sus vergüenzas y sus lágrimas.

Se le anunció á su hermana; corrió á ella y la abrazó.

—¡Ah, Colomba, Colomba!—dijo.—¡Ten piedad de mí! ¡Soy muy desgraciada! ¡Qué ruda expiación! Ese hombre á quien tú odias, ese hombre que quiere casarse conmigo, me matará antes que eso llegue. Es ya causa de mi ruina, será causa de mi muerte.

Y refirió á Colomba lo que le había sucedido: cómo Carlos Abelle se había impuesto en su casa; cómo ella, aun rebelándose, había soportado su dominación; cómo él se había hecho dueño absoluto de su pobre corazón y de su pobre cabeza; cómo le obedecía ciegamente, ella, que jamás obedeció á nadie. ¡Y todos sus embustes, y todas sus traiciones y todas sus infamias!

—Pues bien,—dijo Colomba,—es menester no de-

jarle entrar aquí. Todo no está perdido cuando se cree en Dios.

—¡Pero si es que me oculta á Dios, si es que sólo le veo á él, que es mi suplicio!

—Si le desprecias, no le amas.

—¡Le desprecio y le amo! ¡He ahí mi castigo! Hace un año que lucho, que quiero arrancarle de mi corazón. Y cuanto más quiero odiarle, más me aferro á esa cruz. No duermo, los celos me desgarran el corazón. Tengo el infierno en la cabeza. ¡Ah, Colomba, Colomba! ¡pon tus labios de mujer honrada sobre mi frente.

Lucía cayó arrodillada ante su hermana.

Colomba abrazó á Lucía, besándola con sus labios siempre virginales.

La desgraciada sonrió. Parecióle que un hálito celeste había pasado por sus cabellos abrasados.

Colomba se marchó; Lucía volvió á montar en el fiacre y se hizo conducir al cementerio del Padre Lachaïse.

—¿La tumba del señor Gontrán Staller?—preguntó á uno de los guardas.

Fué conducida á la altura, no lejos del sepulcro del señor de Morny.

Leyó el nombre del que se había matado por ella. Se arrodilló y lloró largo tiempo.

Llorar es orar.

Huyó de allí como una ladrona al reconocer súbitamente á la hermana de Gontrán.

De regreso del cementerio, vió á Abelle á la puerta de su casa.

Nada le dijo; él no la había visto en el Bosque; y ella no quería humillarse haciéndole ver sus celos.

—¿No sabes,—dijóla él alegremente,—lo que me ha ocurrido? He apostado en el círculo á que no tenías

más que veinte años; y he perdido, porque se ha presentado una copia de tu partida bautismal. ¿No ha sido una apuesta caballerosa? Dame mil francos.

Aquella mentira fué una nueva herida.

No había en casa más que dos mil francos. Sin chistar, Lucía fué en busca de un billete de mil y se lo puso en la mano á su amante.

Miróle con gravedad, como si quisiera encontrar su alma en sus ojos.

Le encontró más bello que nunca. Hiciera lo que hiciese, él conservaba su prisma en presencia de ella: la comedianta seguía hechizada.

Siempre que quería romper por completo, se decía:

—Menester es tener paciencia; ya volverá á mí.

Creía reconquistarle á fuerza de bondad y de dulzura.

Él quiso abrazarla, en su alegría de tener mil francos.

—No,—le dijo ella,—ahora no: esta noche.

Por la noche, aun cuando llegara temprano, encontró á Lucía acostada.

—La señora está muy enferma,—díjole la doncella.

Ésta no era ya Carolina.

¿Dónde se encontraba ésta?

Carolina servía ya en casa de la otra Carolina, diciendo, al hablar de Lucía, que no le gustaban los soles ponientes.

—¿Por qué está enferma la señora?—preguntó alegremente Abelle.

—Lo mismo me ha dicho el médico, el cual me ha preguntado qué le había pasado hoy. Le he respondido que no sabía nada.

Lucía tenía gran fiebre. Los fantasmas del delirio se agitaban ante sus ojos.

—Gontrán,—dijo tendiendo la mano á Carlos.

El tunante tuvo miedo. Conocía la historia del joven

Staller, sabía cómo Lucía le había arruinado, cómo, en su miseria y en su desesperación, se había él levantado la tapa de los sesos.

—¿Quién sabe,—se dijo,—si no la espera el mismo desenlace?

XI

El ladrón y la muerte

Aquello era cosa hecha: Lucía no debía levantarse. Había quemado su vela por los dos extremos. Una vela romana á un lado, un cirio de duelo á otro. Habíase agitado en la alegría, debía concluir en el dolor. La felicidad la hubiera hecho vivir más; pero, devorada por los ásperos tormentos de los celos, después de haberlo sido por las estériles alegrías del orgullo, iba á extinguirse en pocos días.

Cuando las mujeres galantes no encuentran una persona en quien descansar, después de las grandes locuras de su primera época, mueren en su juventud. Verdadero fuego de alegría en que no se echa ni un cubo de agua. Algunas se arrastran en la miseria conservando todavía una sonrisa; á otras les cae la lotería: se sobreviven por su familia ó por sus hijos, aquí y allá por un amor que las salva.

Lucía era una de aquellas que desaparecen merced á un amor que mata.

Ni el recuerdo de su vida ni la vista de su belleza, ni su fortuna, ni su lujo, ni sus amistades, pudieron nada contra aquel hombre de desgracia, el último á

quien hubo de amar, el castigo de todos sus pecados.

¿Era que la mano de la Providencia mostrábase allí, terrible en su venganza? ¿Era el azar de las cosas, que con frecuencia hiere acertadamente, por no engañarse siempre cuando tira la primera piedra á una mujer?

El médico temía una fiebre cerebral. Preguntó á Carlos Abelle si Lucía tenía pena.

—¡Penal—respondió él.—¡Pero si es la mujer más dichosa del mundo! Desde que olvidó el pasado, no tiene sino una idea, ser mi esposa.

El tunante tomó cierto aire de dignidad.

—Pero, ya comprenderá usted,—prosiguió,—que aun prometiéndola casarme con ella en breve, me reservaba el consentimiento de mi familia. Porque las personas bien educadas no se casan así como así con su amante.

El médico miró con fijeza á Carlos, como queriéndole decir: «Las personas bien educadas no viven á costa de su querida.»

—Mire usted,—le dijo,—si le pregunto á usted acerca de la pena de Lucía, es por saber si su mal es irremediable. Creo conocerla bien. Tiene verdadera sed de rehabilitación; si no se casa usted con ella, me será imposible salvarla.

—Sin embargo, no puedo casarme con ella á bocajarro, en sus horas de delirio.

—Después de todo,—pensaba el médico al marcharse,—unirse á un hombre como éste fuera un fracaso más. Me lavo las manos en este asunto.

Pasaron algunos días. La enferma iba peor.

Una noche, mandó llamar al conde de Aspremont.

Éste contestó á su llamamiento, con intención de hablarle de Dios; la habló de Gontrán Staller.

—¡Es extraño!—dijole ella.—Me parece que todo el amor que profesaba á Carlos Abelle no es otra cosa